



Literatura, un eslabón indisoluble

Desde sus orígenes, la literatura y la medicina han formado un eslabón indisoluble. El hombre hace más de cinco mil años es igual en esencia, sin embargo, sus pensamientos han evolucionado acordes al entorno del momento histórico. Desde la creación hemos tratado de explicar en vano innumerables interrogantes, entre ellas dos fundamentales: ¿de dónde vengo?, ¿hacia dónde voy? A pesar del avance científico, hasta el momento no ha sido posible darles respuesta. Hoy sólo tenemos una certeza: "la muerte", y en contra de ella algunos practicamos la medicina.

Tanto los escritores como los médicos somos seres humanos, vulnerables, y en algún momento de nuestra existencia hemos tenido contacto con la enfermedad, el dolor físico y la muerte. La necesidad de comunicación con nuestros semejantes sobre las dudas, los sufrimientos y las experiencias, personales o ajenas, a partir del proceso patológico, puede ser el origen de la inquietud literaria y dar como resultado un texto narrativo que conjunta al enfermo, al médico y a la medicina como partes medulares del conflicto humano, de la continua lucha entre la vida, la enfermedad y la muerte.

La novela histórica ha sido un género literario que también ha dado cabida a estas inquietudes fundamentales de la existencia. Específicamente, y a manera de ejemplo, comentaré algunos aspectos argumentales de "Sinuhé, el Egipcio", obra escrita en 1945 por el finlandés Mika Waltari (1908 - 1979) y traducida a múltiples idiomas, entre ellos el español, que probablemente las jóvenes generaciones de médicos desconocen por haber dejado de ser un best-seller hace tiempo.

La novela se divide en XV libros o capítulos narrados por el personaje principal: Sinuhé, médico de profesión. En la ficción, el autor entrelaza temas míticos, políticos y médicos desde el plano histórico de la antigua cultura egipcia. A lo largo del texto existe una sobrada reiteración del sol ardiente, el calor del desierto y las remembranzas del Nilo - probables añoranzas de quien ha padecido el Infierno frío de Finlandia-. Mika Waltari, apasionado por el estudio de la cultura egipcia, se documentó exhaustivamente a lo largo de 10 años antes de escribir la obra.

La ubicación temporal del drama es la época de la construcción de las grandes pirámides, símbolos de aquella gran civilización, tiempo de crisis por el clima religioso ocasionado por la iniciativa faraónica de instaurar una religión con un único dios: Atón. Enmarcadas en este caos político y religioso se narran intrigas, revueltas, destrucción y muerte.

El espacio narrativo no se limita a la cultura egipcia, sino que engloba a otras civilizaciones contemporáneas del esplendor de la edad antigua: la cretense, la babilónica, la mesopotámica, la asiria, entre otras, o con un toque humano lleva la intensidad ficcional a aspectos históricos de la medicina.

El libro I, "La cesta de cañas", introduce al lector en el mudo mágico de la antigüedad. En este capítulo, Sinuhé externa en tono elegíaco los principales conflictos de hombre: consigo mismo en la búsqueda de identidad, y con el Creador, en la búsqueda de su origen. Narra cómo es encontrado por su madre adoptiva en una canastilla de juncos que flotaba en el río, tal vez Molsés bíblico, y rinde homenaje con afecto, nostalgia, admiración y gratitud al padre que lo acogió, un excelente médico de la gente menesterosa. De igual forma, describe cómo surge su pasión por las letras, al encontrar en ellas una actividad que

le permitirá trascender en la comunicación consigo mismo:

...Yo Sinuhé, hijo de Semmut y de su esposa Kipa, he escrito este libro. No para cantar las alabanzas de los dioses... porque estoy cansado de los dioses. No para alabar a los faraones, porque estoy cansado de sus actos. Escribo para mí solo...

De "La casa de la vida" (libro II) hasta "Horemheb" (libro XV), el autor enfrenta al lector a una acción intensa de secuencia cronológica apegada a hechos históricos, para llevarlo al climax narrativo donde eslabona las historias políticas como origen de los conflictos sociales que afectan directamente al hombre. En el epílogo, Mika Waltari resuelve literariamente el conflicto de la humanidad; a partir de un origen para retomar a él.

Sinuhé se desenvuelve en los círculos más altos de la nobleza, con las limitaciones impuestas por su desventajoso origen incierto, las que contrarresta con su gran capacidad. El cuestionamiento continuo sobre la falta de objetividad del conocimiento adquirido en la Casa de la Vida le permite encumbrarse temporalmente: más que un médico real se convierte en un consejero. Sin embargo, esta misma actitud inquisitiva es la que lo lleva al manipulado desprestigio social y lo obliga a retraerse en sus orígenes.

La descripción del entorno médico fluye anecdóticamente acorde con la transformación del propio Sinuhé: evoluciona desde el terreno mágico-religioso hasta el empirismo racional producto de la experiencia. Sinuhé se inicia con los conocimientos médico-míticos observados en la práctica paterna; como cualquier ser humano adquiere figuras referentes que lo marcan para el resto de la vida; el más valioso, su padre, simboliza la honestidad y lo sigue a lo largo de su historia. En la Casa de la Vida aprende que el hombre en círculos cerrados se mueve en función de pasiones para la obtención de poder. Esas enseñanzas derivan en una confrontación intelectual y personal producto de la introspección, la reflexión y la ponderación de valores.

Para mostrar la vinculación entre literatura y medicina y destacar qué tan importante puede ser un fenómeno literario en la generación de un concepto, es necesario volver al texto. Un discurso narrativo conveniente como de esta novela difundió la idea de que en la cultura egipcia se realizaban trepanaciones:

... Entre los espectadores se encontraban además de los maestros de la Casa de la Vida numerosos estudiantes que se preparaban para ser trepanadores... Pathor se ocupó del esclavo que, sólidamente amarrado, lanzaba miradas enfurecidas, pese al estupefaciente que había tomado... después de haber limpiado el cráneo... mostró a todos los asistentes el sitio del hueso... Utilizando el trépano, la sierra y las pinzas, levantó un trozo de hueso grande como la mano y mostró a todo el mundo cómo la sangre coagulada se había adherido a los pliegues blancos del cerebro... la operación fue bastante larga...

Enseguida cerró el agujero con una placa de plata que se había preparado entretanto con el modelo del hueso retrado y fijó con unos pequeños garfios. Después de haber recosido la piel del cráneo y cuidado la herida dijo: -Despertad a este hombre. En efecto casi había perdido el conocimiento. Se desató al esclavo, le vertieron vino en la garganta y se le hizo respirar

algunos medicamentos fuertes. Al cabo de un instante se sentó y empezó a lanzar maldiciones.

En las memorias de un congreso de neurocirujanos, publicadas en una revista médica Internacional, un experto expresó su opinión sobre este fragmento:

...Este relato literario de Mika Waltari es pura ficción, sin confirmación histórica. Por el contrario, siempre ha llamado la atención de los arqueólogos el no encontrar cráneos trepanados en las excavaciones egipcias, a pesar de haberse desenterrado miles de momias en perfecto estado. Tampoco en el papiro de Smith, 700 a.C., que es copia de un tratado de cirugía muy anterior, no se habla de la trepanación en ningún capítulo...

Efectivamente, en un texto narrativo del género de la novela histórica las situaciones son ficticias y es de suponerse que Mika Waltari no pretendió realizar un texto de consulta médica sobre la historia de las trepanaciones. Sin embargo, al disentir entre los hallazgos científicos y la anécdota de la novela, el entrevistado soslayó la convergencia entre la medicina y la literatura.

Los conocimientos, al ser analizados, necesitan pasar por el tamiz de la unidad histórica, social, cultural y política en que fueron generados y con ello darle sustento sólido al juicio emitido. Sólo es una novela y aunque el autor se documentó sobre los temas que abordó, en ningún momento puede calificarse como un libro de texto médico.

En la medicina egipcia antigua se distinguieron dos tendencias: la mágico-religiosa, que incorporaba elementos muy primitivos, y la empírico-racional, basada en la experiencia y en la observación. Los procesos menos accesibles eran tratados por los sacerdotes con hechizos y encantamientos. Es a partir de la III dinastía que el médico surgió como una forma primitiva de científico y en este punto el autor -en voz, sicología y personalidad de su personaje principal- se apega correctamente al carácter de la medicina de la época. Tras largos años de formación los egipcios aprendían el valor de las drogas, algunas de las cuales todavía son utilizadas. En el terreno anatómico, los egipcios, a pesar de los embalsamamientos, no aportaron grandes conocimientos y sólo intentaron técnicas de cirugía menor.

En conclusión, Sinuhé, el Egipcio es la historia de un hombre con conflictos de origen e identidad y con dos pasiones: la medicina y la escritura, herramientas que le permiten dar respuesta a las preguntas ¿de dónde vengo?, ¿hacia dónde voy?

María Leonor González-Arrieta.
México.

Licenciada en Letras y en Medicina.

Tomado de la revista
"Archipiélago" N° 47.